

# ✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

## *Si Scires Donum Dei...*

*“El sacerdote es un don del Corazón de Cristo: un don para la Iglesia y para el mundo. Del Corazón del Hijo de Dios, rebosante de caridad, brotan todos los bienes de la Iglesia, y en modo particular tiene su origen la vocación de aquellos hombres que, conquistados por el Señor Jesús, dejan todo para dedicarse al servicio del pueblo cristiano, bajo el ejemplo del Buen Pastor.”*



—Benedicto XVI

## *El hombre de Dios*

¿Quién es el que prepara la Sagrada Eucaristía para nosotros y nos da a Nuestro Señor? Es el sacerdote. Si no hubiera sacerdotes, no habría el Santo Sacrificio de la Misa, ni la Sagrada Comunión, ni la Presencia Real de Jesús en el tabernáculo.

¿Y quién es el sacerdote? Él es el *hombre de Dios* (2Tm 3,17). Es sólo Dios quien lo elige y lo llama de entre los hombres para una tarea sublime. Dios lo aparta de entre los demás para predicar Su Evangelio (cf. Rom 1,1) y lo señala con un carácter sagrado que perdurará toda su vida, haciéndolo *“sacerdote para siempre”* (Hb 5,6). Dios le confiere los poderes sobrenaturales del sacerdocio ministerial, para consagrarlo exclusivamente para las cosas de Dios.

Por su ordenación, el sacerdote es consagrado en cuerpo y alma. Así se convierte en un ser sagrado, semejante al Sumo y Eterno Sacerdote—Jesús. El sacerdote es entonces una extensión de Nuestro Señor y comparte Su vocación y misión.

Esto ocurre por obra del Espíritu Santo. Y es que “no es un hombre, ni un ángel, ni un arcángel, ni otro poder creado, sino el Espíritu Santo quien confiere el sacerdocio” (San Juan Crisóstomo). El Espíritu Santo hace el alma del sacerdote una semejanza de Jesús, le da el poder para que “actúe en el altar en la Persona de Jesús” (San Cipriano). Cómo asombrarse entonces, si la dignidad sacerdotal es declarada “celestial” (Casiano), “divina” (San Dionisio), “infinita” (San Efrén), “el culmen de toda grandeza” (San Ignacio Mártir), algo “venerado con amor por los propios ángeles” (San Gregorio), tan grande que “cuando el sacerdote celebra el Divino Sacrificio, los ángeles se congregan a su alrededor y cantan en coro un himno de alabanza en honor de la Víctima que es sacrificada” (San Juan Crisóstomo). ¡Y esto sucede en cada Misa!

da” (San Juan Crisóstomo). ¡Y esto sucede en cada Misa!

Todos los santos sin excepción han mostrado respeto y veneración por el sacerdocio. Sabemos que San Francisco de Asís no quiso ser sacerdote porque se creía indigno de tan elevada distinción. Él honraba a los sacerdotes con especial devoción, considerándolos sus “señores”, porque en ellos sólo veía “al Hijo de Dios”. Su amor por la Eucaristía se hacía uno con el amor por el sacerdote que consagra y administra el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Francisco veneraba de manera particular las manos de los sacerdotes que, de rodillas, solía besar siempre con devoción. Incluso solía besarles los pies y aun el suelo por donde había pasado un sacerdote.

Y es que como dijo una vez Hugo Wast, ni la Santísima Virgen que nos dio a Jesús en la carne, ni los ángeles, ni los arcángeles que vencieron a Lucifer, pueden hacer lo que hace un sacerdote.

¡Qué gran misterio, el sacerdote! En efecto, hay cosas que sólo él puede hacer y qué importantes: consagrar el Cuerpo y la Sangre de Cristo, perdonar los pecados, hacer de los hombres hijos de Dios mediante el bautismo, consagrar la unión del hombre y la mujer por el matrimonio, ayudar a morir en gracia de Dios a quien está por dejar esta vida... Y no obstante, muchas veces no lo apreciamos ni lo respetamos y, a veces, hasta lo atacamos.

San Juan Bosco exhorta a todos, a “tener el más grande respeto por los sacerdotes... y besen sus manos con veneración. Guárdense especialmente de mostrar desprecio por ellos de palabra o de obra. Quien no respete a estos sagrados ministros, deberá temer un gran castigo del Señor.”

El Santo Cura de Ars dijo una vez: “¡Después de Dios, el sacerdote lo es todo!... Él mismo sólo lo entenderá en el cielo”. Estas afirmaciones nacidas del corazón sacerdotal del santo párro-

co, pueden parecer exageradas. Sin embargo, revelan la altísima consideración en que tenía el sacramento del sacerdocio. Parecía sobrecogido por un inmenso sentido de responsabilidad: “Si comprendiéramos bien lo que representa un sacerdote sobre la tierra, moriríamos: no de pavor, sino de amor... Sin el sacerdote, la muerte y la pasión de Nuestro Señor no servirían de nada. El sacerdote continúa la obra de la redención sobre la tierra... ¿De qué nos serviría una casa llena de oro, si no hubiera nadie que nos abriera la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros del Cielo; él es quien abre la puerta; es el administrador del buen Dios; el administrador de Sus bienes.... Dejad una parroquia veinte años sin sacerdote y adorarán a las bestias... El sacerdote no es sacerdote para sí mismo, sino para vosotros.”

Con esta recopilación de pensamientos sobre el sacerdocio, pretendemos recordar a todos los la grave obligación de amar a los sacerdotes, de orar y sacrificarse por ellos, de dar gracias a Dios todos los días por el don maravilloso del *hombre de Dios* que nos da a Dios.

## ORACION AL ESPÍRITU SANTO POR LOS SACERDOTES

*Ven, Espíritu Santo, y da a los sacerdotes, dispensadores de los misterios de Dios, un corazón nuevo que actualice toda su educación y toda su preparación, que les haga conscientes del sacramento recibido, y que respondan siempre con nueva ilusión a los incesantes deberes de su ministerio, en orden a tu Cuerpo Eucarístico y a tu Cuerpo Místico. Dales un corazón nuevo, siempre joven y alegre.*

*Ven, Espíritu Santo, y da a nuestros sacerdotes, discípulos y apóstoles de Cristo Señor, un corazón puro, capaz de amarle solamente a Él con la plenitud, el gozo, y la profundidad que solo Él sabe dar, cuando constituye el exclusivo y total objeto del amor de un hombre que vive de tu gracia; dales un corazón puro que sólo conozca el mal*



Santa Teresita del Niño Jesús hizo su última Comunión justo antes de morir. Y la ofreció por una sublime intención: obtener el regreso de un sacerdote que había extraviado el camino y renunció a su vocación. El sacerdote en cuestión murió poco después, arrepentido e invocando a Jesús.

San Nicolás de Flüe, famoso santo suizo, padre de familia, siempre decía a quienes estaban listos para señalar las faltas de los sacerdotes: “¿Y tú, cuántas veces has orado por la santificación de los sacerdotes? Dime: ¿qué has hecho para obtener buenas vocaciones para la Iglesia?”

Los sacerdotes son portadores de la “Vida”, los mediadores de la salvación entre Jesús y las almas. Donde faltan los sacerdotes, la condición espiritual y moral de la gente es aterradora; donde no hay respuesta a la vocación sacerdotal o misionera, estarán ausentes los “multiplicadores” de Jesús, como solía decir San Pedro Julián Eymard, y la fe se debilitará y quizá nunca llegue a madurar.

*para denunciarlo, combatirlo y huir de él; un corazón puro como el de un niño, pronto al entusiasmo y a la emoción.*

*Ven, oh Espíritu Santo, y da a los ministros del pueblo de Dios un corazón grande, abierto a tu silenciosa y potente Palabra inspiradora; cerrado a toda ambición mezquina, a toda miserable apetencia humana; impregnado totalmente del sentido de la Santa Iglesia; un corazón grande, deseoso únicamente de igualarse al del Señor Jesús, y capaz de contener dentro de sí las proporciones de la Iglesia, las dimensiones del mundo; grande y fuerte para amar a todos, para servir a todos, para sufrir por todos; grande y fuerte para superar cualquier tentación, dificultad, hastío, cansancio, desilusión, ofensa; un corazón grande, fuerte, constante, si es necesario hasta el sacrificio, feliz solamente de palpar con el Corazón de Cristo y de cumplir con humildad, fidelidad y valentía la voluntad divina. Amén.*